

LA NAUTILUS

la	carán la vida, antes de acercarme a co-	aido más que un instrumento,
ta	creala.	— ¡Tú crees!
ta	— ¡Razucha, protégeme al capitán, lee en tus	— ¡Lo han pagado... lo han instigado...
ta	ojos tanto dolor, que voy a depositar alguna	— ¡Taro... ¡juicio!
al	esperanza en tu corazón.	— Los señores del general, artículo tria-
	— ¡Oh! vos lo salvaréis, ¿no es verdad?	to Grano de Sal.

quince pesos el k.
de lo que se vend

«¿Ten confianza. Mi padre ha partido y ya se va a correr día y noche hasta llegar junto al rey. Serás perdonado.»

«El general comandante de la plaza, por más que sea amigo de mi padre, y por más que yo lo estime el más desgraciado de los hombres en

ga serie de estas palabras del corazón, con las frases encantadoras en su desorden forjaban el vocabulario del amor que se ven sentido para los que aman.»

«Bata carla tú entrega al conde sin más alabris.

4112

le perdon. Pero, mira, no quiero que seas go-
zar en última satisfacción de fustiarlo en ple-
no día, como a desamor, como un soldado que
ha fallado a su deber. Sé que en caso necesario
vas valiente; ¡acaso no eres noble hijo de la
Vendetta!

de odio y cualquier trifulca
— Bueno, hijo de general, es
tas para poder viajar.

El visconde huyó al primer
branco al anclazo y lo lle-
sada, en donde el postillon

preciso tan
no dando an-
ro a la sala
que iba a su

Según las huellas dejadas se adivinaba que el caballo se había parado un momento, de

—¿Se ha visto ya, pensó el muchacho que-
—El general y su hija.
—De qué manera?
—No lo sé.

—Aman a la señora Diana.
—Los tres?
—Los tres.

—No exageras el corazón y las bondades de ese hombre que ha expoleado a su rey?
